

ha adquirido una suma de experiencia que le permite apreciar mejor la realidad de las cosas.

Era un tipo verdaderamente interesante: la frente no muy alta, cuadrada, y de una corrección perfecta; los ojos negros, bajo unas cejas también negras, tenían un brillo extraordinario; el poblado y sedoso bigote arrollado hacia arriba, daba á su fisonomía un aire de marcialidad y de resolución, y llevaba la barba no muy larga, terminada en punta, esmeradamente cuidada. Nadie al verle podría calcularle más de treinta años.

Empezaba á impacientarse; á sus oídos llegaba de cuando en cuando la voz de Matilde que pedía á su *doncella* algún alfiler que la hacía falta, con esa precipitación de las mujeres que tienen prisa de terminar una operación en que han puesto sus *diez sentidos*, y cuyo resultado esperan afanosas ante el espejo,—la pizarra de sus cálculos—para sonreír después con satisfacción al ver el resultado final.

Al cabo de un rato, Beltrán sintió unos patitos suaves, y el crugir de un traje de seda. Matilde entró á la sala por la puerta interior.

Las ventanas estaban cerradas; una lamparilla eléctrica que daba frente al espejo alumbraba la estancia.

Dió un leve grito de sorpresa al advertir á Beltrán, que sonriente y admirado se adelantó para saludarla.

—No creía V. encontrarme aquí? la dijo estrechándole la mano.

—No, ciertamente... contestó Matilde devorando á su vez y con disimulo la apuesta figura de Beltrán.—Me pareció oír algún ruido y quise ver quién llegaba... aun no he concluído ...

—Pues me parece que está V. perfectamente... repuso Beltrán inclinándose: no he visto jamás una *toilette* que iguale á la suya en *chic* y en elegancia.

—Gracias por el cumplido.....ó por la burla....

—Con usted soy siempre justo, contestó Beltrán con cierta seriedad y emoción, que no pudo menos que llamar la atención de su prima, quien hizo un mohin graciosísimo, y contestó:

—Pues es una justicia muy *injusta*, ó muy exagerada.

Beltrán la acariciaba, la devoraba con los ojos: Matilde, con su hermoso traje de muselina color rosa pálido, adornado con velillos del mismo color, estaba encantadora; los brazos desnudos, blancos y torneados eran perfectos y el escote admirable; un escote atrevido, pero hecho con tal arte, que la mirada más escudriñadora tenía que morir de ansias y de deseos, al querer descubrir algunos encantos más de los que buenamente se mostraban. El velillo con todo y ser tan sutil y trasparente, constituía una barrera infranqueable, tal era la gracia y habilidad desplegadas en la confección del escote.

Urdaneta miraba á su prima que parecía salir de una ola de espuma rosada... aquellos brazos,

aquella garganta. . . . aquel peinado lleno de gentileza, donde dormían como en un nido tibio y delicado, unas preciosas rosas naturales. . . .

Sintió vértigos; los ojos le brillaban como ascuas á causa de una excitación febril que le abogaba: comprendía que atravesaba por una de esas crisis, manifestaciones de cierto estado morboso que le era peculiar, é hizo esfuerzos para dominarse.

Era un hombre audaz, acostumbrado á triunfar con relativa facilidad, como ciertos generales que llevan sobre la frente, por no se sabe qué predestinación, la estrella de la victoria.

Notando que Matilde tenía puestos los pendientes de perlas, sacó del bolsillo del frac el estuche que contenía el collar que había comprado, y con acento trémulo por la emoción dijo á Matilde mientras lo abría.

—Deseaba usted hacer el juego de perlas. . . . aquí tiene un collar que irá perfectamente con esos pendientes. . . . nada vale, pero le ruego lo acepte. . . . como un presente de familia.

Matilde quedó deslumbrada al ver la joya; tuvo un momento de arrobamiento cuando contempló el centelleo de los diamantes, entre el blanco mate de las perlas, y contestó sin saber lo que decía.

—Oh! no; . . . muchas gracias! yo no puedo aceptar esa alhaja. . . . es demasiado buena para mí. . . . y fijó los ojos en Beltrán de manera indescriptible.

—Sería usted capaz de desairarme? le juro

por mi honor que si tal hace, ahora mismo me pongo en marcha, aunque tenga que pedir un expreso, y arrojaré este estuche al fondo del mar... quizá allí encuentre un regazo más amable....

—Oh, no diga usted eso, por Dios! interrumpió Matilde suplicante.

—Y lo haré como lo ofrezco! jamás he jurado nada á mujer alguna... calcule usted si cumpliré lo que ahora prometo....

Y así diciendo extrajo el collar del estuche.

Matilde no vió más ni se dió cuenta de nada: sintió que unas manos le ceñían al cuello aquella alhaja que parecía que la quemaba.... luego las ardientes caricias de unos besos en la nuca, que ella tenía llena de ricitos perfumados; quiso hablar, huir, pero unos brazos la sujetaron delicada y fuertemente: sintió sobre su boca la caricia del bigote de Beltrán, quien la besaba furiosamente, y que la ahogaba. Tuvo una especie de desmayo.... Urdaneta la retenía entre sus brazos; más de pronto, con la enorme fuerza de una mujer débil que se defiende, se desprendió de Beltrán, le miró espantada, casi loca, y con paso acelerado huyó de la sala murmurando como un sollozo.

—¡¡Ingrato!!

Beltrán se reportó, miróse al espejo sonriendo, se atusó el bigote, y arregló el lazo de su corbata que había perdido la simetría.

Un momento después oyó la voz de su tío que decía; “Matilde, no tardes... estás lista? Bel-

trán se apresuró á salir al encuentro de don Clemente á quien halló en el pasillo.

—Caramba, qué elegante vas! díjole aquél reparando á Beltrán; y Diego, no ha llegado?

—Creo que no, contestó Urdaneta pensando con lástima en aquel muchacho, á quien traicionaba tan hipócritamente, y al cual había llamado *amigo*.

—Es raro que aun no haya venido, prosiguió don Clemente refiriéndose á Diego; tenemos que pasar por Valentina, y no me gustaría que llegáramos tarde, pues deseo que te encuentres en el baile desde el principio.

Don Clemente se fué al cuarto de su hija, y pronto llegaron á los oídos de Beltrán algunas exclamaciones que aquél hacía. Cuando salió Matilde que venía un tanto avergonzada, don Clemente, dirigiéndose á Beltrán en tono de amistoso reproche, le dijo.

—Caramba, hombre, no me gusta que hagas esos despilfarros. . . . ese collar vale una fortuna; para qué has comprado una joya tan valiosa? qué diablura! no me gusta eso. . . . á ese paso vas á arruinarte; *caray* que es hermoso el collar!

Beltrán excusó su regalo con palabras que le parecieron á don Clemente muy naturales.

Se oyó el ruido de un coche, y Diego entró á la sala donde se le aguardaba.

Admiró el traje y el gusto con que Matilde estaba arreglada, y la dijo algunos cumplidos: no pudo menos que advertir el riquísimo collar que

aquella llevaba, y quedó profundamente admirado. De dónde procedía aquella alhaja? aquel magnífico traje digno de una rentista no podía haber sido costeadado por don Clemente, ni por Julián..... todo ello se le atravesó; sintió en el fondo del alma como un amargo despecho, y en su corazón, de suyo tan tranquilo, cayó la burbuja de un fermento....

Para disimular el malestar que sentía, la dijo en tono indiferente.

—Y Julián, no va?

--Qué ha de ir, contestó Matilde: está el pobre con una jaqueca horrorosa; el Doctor Bermúdez que pasó por aquí esta tarde con don Eduardo, enterado de ello, entró y le dejó unos papelillos que creo no le han aliviado nada. El Doctor se fué, pero el señor Cartín se quedó allí con él para hacerle un rato de compañía.

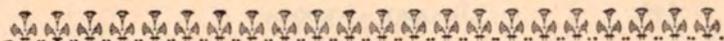
Notó Diego que cuando Matilde nombraba "al señor Cartín", don Clemente le miraba á él con una severidad desusada. . . . aquellos ojos que siempre le habían sonreído con bondad! Creyó adivinar la causa, y dijo con indiferencia.

—Bueno, nos vamos? creo que podemos acomodarnos los cuatro en el coche.

—Y yo que había encargado uno para las diez menos cuarto. . . .dijo Beltrán.

Diego condujo á Matilde al coche, y Urdaneta, después de tomar el clac y el makfarlán, siguió á don Clemente que iba también de tiros largos, y con la mano izquierda enguantada.

Entraron los cuatro, y el coche partió.



XV

El Teatro Nacional presentaba un aspecto encantador: profusamente iluminado, resplandecían el mármol y el oro de sus adornos estilo Renacimiento.

El piso de la platea levantado á la altura del proscenio que agrandaba el salón del baile, estaba tapizado con una tela blanca donde se veían relucir puntitos luminosos. Allá en en el fondo, en un estrado lleno de flores y de verdura, se encontraba la orquesta dirigida por un hábil profesor.

Los palcos atestados de espectadores: casadas que suspiraban recordando sus buenos tiempos, jamonas de *buen juicio* que no querían jugar el albur de *comer pavo*, pero que al propio tiempo, no podían resolverse á que el baile se efectuara sin ser ellas testigos presenciales; y pollitas que aun no se habían estrenado y que miraban á las que iban á bailar con mal reprimido despecho.

Por las ricas escaleras de mármol blanco y

de balaustres y pasamanos de mármoles de colores, en los cuales se admiran los jaspes más delicados, subían y bajaban grupos de señoritas magníficamente ataviadas, arrastrando las colas ó recogiénolas con el continente de marquesas del siglo XVIII.

El foyer regiamente iluminado, estaba lleno de personas que paseaban acompasadamente, mirándose de cuando en cuando en los enormes espejos que decoran la gran sala; caballeros que esperan el momento oportuno para saludar á alguna señorita ó solicitar una pieza, van y vienen moviendo los faldones del frac con aire desenvuelto; pollos almidonados, viejos verdes, papás cariñosos y sonrientes, todos con el afán de ver y de ser vistos. En el centro del foyer, en la gran otomana están algunas bailarinas abanicándose con aire indolente y soñador, mientras cambian por bajo algunas palabras.

—*Mirá*, dice una á su compañera—*Mirá* á las Restrepos.

—Ay, qué horror! qué espantos!

—*Mirá, mirá*, dice otra;—aquella *macha* que pasa por allí. . . . Jesús, está de que *la maten!* parece que viene en camisa de dormir. . . .

—Eh! y las Golfín vienen con el mismo vestido con que estuvieron en el otro baile. . . . vaya un par *de conchas!* todavía no aprenden. . . . qué talles! parecen unos barriles. . . . y se oyó el acorde de unas risitas malignas.

Empezaron á levantarse y se preparaban á bajar.

En el vestíbulo fuman y charlan los caballeros; allí no se ve otra cosa que pecheras blancas, y una gran colección de fraques negros de todas las formas y edades imaginables.

Médicos, abogados, comerciantes, dependientes de comercio, empleados públicos, desocupados de profesión y pollos barbilampiños, todos muy tiesos, algunos entre enormes cuellos, con tufos de grandes señores, ó de héroes de novela, que miran á las niñas con aire de conquistadores, como don Juanes de frac y corbata blanca.

—Hola! dijo una voz en un grupo. Allí viene Matilde Ayala. . . . guapa hembra!

—Ah! y el sempiterno primo, aquel Urdeneta. . . . buen tipo, no se puede negar.

—Cuándo no lo fué don dinero? dicen que es muy rico.

—Y Diego? qué cara trae, parece que viene á oír un sermón. . . . y con una novia tan guapa!

—Sí, ya te contaré á dónde se va Diego si el primito ése no se larga pronto.

—Bah! no sabes que Diego está comprometido con ella?

—Y eso qué importa? me río yo del compromiso de ciertas mujeres!

—Ah, y Valentina. . . . ahí viene también. pobre señor Mendoza, don *haga* *pitos*.

—Es guapa también. . . . brava hembra! tiene una gracia y una sal. . . . dicen que el tal Urdeneta le merece mucha atención. . . .

—Qué va! esa mujer no quiere á nadie. . . .

Callaron los conversadores: don Clemente, su hija y demás compañeros pasaron frente á ellos. El señor Mendoza algo rezagado; (su mujercita se había adelantado del brazo de Urdaneta); iba que reventaba, gordo y coloradote entre un chaleco blanco que debía tener unos botones á prueba de bomba según trabajaban; ostentaba en medio de su abdomen, partida hacia los lados, una gruesa cadena de oro macizo, que lo mismo podía servir para una grúa.

Una hora después hubo un movimiento general. La orquesta preludió la obertura; allá en el fondo del proscenio, se veía el zig-zag de la batuta, y se percibían las notas graves, fundamentales y sonoras de los contrabajos, que eran como un eje sobre el cual giraba la armonía.

Empezó el paseo, elegante y majestuoso, la gran exhibición de los trajes y de los tocados; cuchicheos, sonrisas, saludos; las *mironas* se hacían todas ojos, y hablaban entre sí comentando y criticando á su sabor.

Matilde iba del brazo de Diego; un amargo presentimiento le embargaba el alma: ahora que estaba al lado de aquel excelente muchacho sincero y leal, tenía remordimientos y se sentía avergonzada de la escena que había representado en su casa con Beltrán, sin darse cuenta, arrastrada, subyugada por la fascinación que sobre ella ejercía aquel hombre. Cómo fué aquello? se decía; hice mal. . . . debí haber evitado. . . . no sé qué pasó por mí.

Y marchaba airosa, emocionada, oyendo los acordes de aquella valiente y majestuosa sinfonía que llenaban la gran sala; aspirando con delicia las ráfagas tibias y perfumadas que la envolvían. sentía ganas de llorar, de reír, de algo que aliviara el malestar de aquel tósigo que había bebido en los besos de su primo.

Hubo un momento,—Matilde solía experimentar los lúcidos, que como leves espumitas flotaban en la superficie de su carácter, para desvanecerse después,—hubo un momento, decimos, cuando de reojo miró á Diego, tan serio y tan tranquilo al parecer, que estaba callado, que no la dirigía una palabra, y como sumido en graves meditaciones, en que pensó contárselo todo, buscar aquel refugio de su viejo cariño contra las asechanzas de una pasión traidora que la estaba enloqueciendo y envenenando el corazón.

Bien sabía ella que no amaba á Diego con verdadera pasión; pero el trato continuo con él, la costumbre de ciertas ideas, el compromiso que mediaba entre ellos, y la certeza de que se casarían en no lejano tiempo, habían hecho nacer en su alma un afecto, un cariño semejante al amor, y luchaba por defenderlo.

Tendría Matilde suficientes fuerzas para luchar? Desgraciadamente su educación era harto defectuosa; mucha imaginación, mucha pasión y una cabeza poco amiga del análisis sereno y reflexivo. Una estopa pronta á arder.



Diego miraba algunas veces al soslayo á Matilde; la veía preocupada. La luz que despedían los brillantes del collar que ella ostentaba, le quemaban el alma; se le figuraba reflejos diabólicos de un incendio que destruía su dicha.

Terminó la obertura, y la orquesta preludió unas cuadrillas: pronto se alinearon las parejas y las bailarinas empezaron á deslizarse al compás de la música con ese ritmo y esa gracia que nuestras bellas poseen en alto grado.

Es el baile por excelencia para lucir toda la sal, gentileza y elegancia que sobre ellas derramó el Creador á manos llenas.

Cuando terminaron las cuadrillas, preguntó Diego á Matilde.

—Dónde quieres sentarte?

Ella, extrañada por tal pregunta, hizo un gesto de indiferencia y contestó:

—Donde quieras; vamos si te parece á aquel palco, allí veo á papá y á Valentina.

Un rato después se les reunieron Urdaneta y el señor Mendoza.

Valentina estaba de vena: había paseado la obertura y bailado las cuadrillas con un inglés recién llegado al país, con el cual inglés había hecho ya el señor Mendoza algunas operaciones de banca, y eran amigos.

—Me he divertido de lo lindo, decía aquélla, con ese *macho*; tiene unas *patas* como cajas de violín, y á cada momento, si me tocaba el traje con la rodilla, si pisaba una falda, en fin, si me miraba, de-

cía: "dispéñseme", pero tan rápidamente que yo no podía menos que cubrirme con el abanico para reír. Después, por no estar callado, repetía á cada instante: "oh, mucho señorita bonita, mucho elegante; -yo está teniendo esta noche mucho satisfacción. -y reía á más no poder.

El señor Mendoza quien tenía la costumbre de celebrar los chistes de su mujer, era el que más se reía. El buen humor llegaba en su rostro al rojo subido.

—Vamos á fumar, dijo dirigiéndose á Beltrán y á don Clemente; los tres salieron y Diego se quedó junto á Matilde.

Valentina había iniciado una animada conversación con una amiga suya, que estaba en el palco siguiente, y Matilde aprovechando aquel momento miró á Diego de frente, y le dijo en tono de resentimiento.

—Qué tiénes esta noche? no estás contento?

—Siempre lo estoy, contestó Diego sonriendo con indiferencia, y agregó: está bonito el baile verdad?

—Oh sí, hay mucha gente... lindos trajes! te gusta Rosita Artieda? qué bien puesta! está encantadora.

La nominada era una de las primeras bellezas josefinas.

—Sí, está muy bien, muy elegante ...

—Y has visto á Ernestina, la señora de X? qué descotada, qué barbaridad! no sé cómo su marido le permite *eso*.



—Es que los hay tan orgullosos de las bellezas de sus mujeres, que quisieran que todo el mundo las conociera y les... envidiara, repuso Diego riendo.

—Jesús, qué bárbaro...! no puede ser.

Hubo un momento de silencio y Matilde de pronto, y como quien desea salir de un mal paso agregó.

—Qué desentendido te has hecho conmigo... nada me has dicho del regalo que me hicieron hoy, mira, y llevó su mano al cuello mostrando el collar;—te gusta, verdad que es muy bonito?

Ya lo había visto... no son falsas esas piedras, ? preguntó Diego mirando fijamente á Matilde.

—Creo que no, contestó ésta ruborizándose; son demasiado buenas para mí... yo no quería aceptar este regalo, pero se me ha ofrecido con mucha insistencia, como un presente de familia...

—Ah, repuso Diego, fué Beltrán... no es así?

—Si, él fué; se empeñó en que tenía que hacer el juego con los aretes que conservo de mamá, y no hubo caso, pero si te disgusta...

—No digas eso; por qué me iba á disgustar? ya sé que tu primo puede hacer obsequios como ése sin que crea que regala una fortuna... lo malo es que una joya tan valiosa, en poder de una persona... pobre, desmerece porque no la crearán legítima.

—Sí, eso pensaba yo, y no creas que no me apena llevarla puesta . . . más tarde puede venderse y comprar alguna otra cosa de más utilidad. . . .

Dijo esto con voz tan natural, y mirando á Diego tan tranquilamente, que éste no dudó de la buena intención de Matilde.

Siguieron hablando al parecer muy animados, cuando un personaje entró al palco.

—Eh, Mario, como está? preguntó Matilde alargando su mano.

—Era Trillito; vestía con toda elegancia un frac flamante, y llevaba en la mano el clac plegado, con mucha arrogancia, y como quien ha pasado toda su vida con esos arreos.

Estaba muy pálido y con grandes ojeras.

Ya había asistido á algunos bailes de gran tono, y tenía sus amigas, á quienes festejaba con largueza cuando había que pagar el escote.

Sus trasudores y congojas le había costado poder asistir al baile; tuvo que hacer una serie de *transacciones* para dar su contribución, y comprarse un clac, guantes y zapatos bajos de charol.

A la propietaria de la casa donde comía, le había dado grandes esperanzas de pagarle los cuatro meses que le debía, en cuanto le mandaran de la *hacienda* unos trescientos veintiocho pesos que esperaba, y aun había conseguido sobre la *jarana* un préstamo de cuarenta.

Trillito se sentó al lado de Matilde, y le rogó que le concediera una pieza.

—Con mucho gusto, contestó ésta; lo malo

es que sólo tengo las tres últimas libres, y no sé si nos iremos temprano.

Mientras escribía su nombre en el programa, Trillito dijo sonriendo y mirando á Diego.

—Sabe usted, los monopolios deberían prohibirse porque es justo que lo bueno todos lo gustemos. . . .

—Ciertamente que así debe ser, respondió Diego; pero si lo dices por mí, estás equivocado; sólo tengo tres piezas, no es mucho, verdad?

Qué va, contestó Trillito; yo en lugar de usted ya vería dónde mandaba esos moscones que vienen á los bailes como á *sacar tarea*; manada de tipos más presumidos . . . lo que quieren es exhibirse.

Matilde y Diego se rieron.

Trillito, que continuaba hablando con el programa de Matilde en la mano, se fijó en un nombre que estaba escrito ocupando la sexta pieza.

—Cómo, va usted á bailar con este tipo? preguntó con acento de desprecio.

—A quién se refiere usted? repuso Matilde algo contrariada.

—Este "M. Gálvez" que dice aquí es Marcos? un fulano con la cara apelotada?

—Creo que sí, respondió Matilde; me lo presentó Diego antes de empezar la obertura.

—Y qué querías que hiciera? contestó éste; se me pegó como una *garrapata* rogándome que lo hiciera, y lo mejor es que yo apenas le conozco un poco; hay personas tan exigentes y faltas de buena

educación que no temen ponerse en ridículo en una reunión como ésta; se creen con derecho á solicitar una pieza de señoritas á quienes han visto una sola vez, y lo que es peor, sin mediar la formalidad de una presentación. Cierto es que aquí todos nos conocemos, pero eso no quita para que una persona tenga derecho á saber quién es *fulano de tal*, y quién le apadrina en las relaciones que puedan nacer después de una pieza que se baila. .

—Es claro, asintió Trillito contento del mal efecto que causaba su ex-amigo Gálvez á quien aun no había visto esa noche. Se figuró que estaría por la cantina, y poniéndose de pie dijo á Diego.

—Vamos á tomar algo? hay que *hacer* alegría.

—Gracias, contestó éste, acompaño á Matilde y á Valentina.

—Agradable obligación por cierto, repuso Trillito guiñando un ojo; y salió moviendo las colillas del frac.

—Está que apesta á licor, dijo Matilde abanicándose con fuerza.

—Lástima de muchacho; es casi un perdido, agregó Diego.

Un rato después volvieron al palco don Clemente, el señor Mendoza, Diego, Beltrán y Trillito.

El penúltimo venía hablando muy animadamente.

—Jamás creí, decía, encontrar en San José una sociedad tan culta y distinguida: aquí no se echa

nada de menos, hay un gusto exquisito y un refinamiento europeo. He gozado grandemente con esta sorpresa: el teatro es un verdadero estuche de mármol, puede figurar en cualquier parte del mundo; el foyer es un prodigio de buen gusto; el plafond una obra de arte que recuerda las pinturas de Salvati, de Curzon y de Lenepveu, de la gran ópera de París. Los costarricenses deben estar orgullosos de poseer un edificio como éste: es bellísimo!

—Así nos cuesta, amigo Urdaneta, repuso don Agapito que recordaba las buenas sumas que como exportador de café en grande escala había pagado por el impuesto para la construcción del teatro.

—Qué importa, arguyó Beltrán; ello era necesario, y ya tienen ustedes ganada una gran batalla en favor del arte.

A las doce, ^{cuando} cuando el Himno Nacional dejó oír sus notas majestuosas y triunfantes, con que se saludaba el año nuevo, y después de los apretones de mano de costumbre entre amigos y conocidos, nuestros personajes invitados por Beltrán, pasaron á la cantina y tomaron una copa de champagne.

Beltrán, siguiendo su política llena de diplomacia, no había bailado con Matilde, y probablemente no bailarí si no ideaba una treta para burlar una pieza á alguno de los que la habían citado anticipadamente.

Los acordes del precioso valse *Mireille* hendieron aquella atmósfera tibia y perfumada, y un

momento después la sala era un torbellino de sedas, gasas y flores que arrastraba los bailarines al compás de aquella bellísima música.

Beltrán valsaba con Valentina, verdaderamente arrebatado, y seguía como inadvertidamente á Matilde, quien bailaba con uno de sus conocidos. Muchas veces la sorprendió con los ojos fijos en él, y entonces ella dejaba ver una tímida sonrisa.

—Ya estoy perdonado, se decía Beltrán; francamente, un pecadillo como el que cometí, no es motivo para enojo. Pecadillo tan dulce! y sin darse cuenta estrechaba á Valentina contra su pecho.

—Cuidado, le decía ésta sonriendo, parece que usted está propuesto á ahogarme.

—Qué hacer? yo soy acero, usted es imán fenómeno muy natural.

—Natural y todo, pero cuidado que Matilde nos mira y pone una cara tan seria

—Y bien? allá con su novio.

—Hipócrita!

Muy tarde, pudo Beltrán bailar una pieza con Matilde. Gálvez fué el pato de la fiesta; tuvo que ceder la pieza que le correspondía con ella, al oír las razones que alegaba, ayudada por Diego; hubo una equivocación; ese valse lo tenía comprometido desde hacía dos días con Beltrán, y ella no se había fijado cuando él, Gálvez, escribió su nombre en el programa, era tan distraída!

Gálvez salió resoplando grueso, y como viera que iba á encontrarse con Trillito quien debía estar

en el ajo de lo ocurrido, torció disimuladamente á la izquierda.

Sería cerca de las tres de la madrugada, cuando don Clemente buscaba á su hija para irse. Diego estaba en la cantina enfrascado en una conversaci3n de derecho con dos colegas suyos, y Valentina en un palco con su marido, y dos 3 tres personajes del alto comercio.

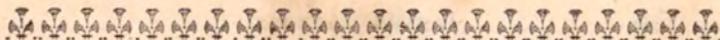
No encontrando don Clemente á Beltrán ni á Matilde, preguntó á Trillito con quien se vió en un pasillo, y éste le contestó que creía haberlos visto arriba.

El foyer estaba desierto; empezaban unas cuadrillas cuando don Clemente entró; miró allá en un ángulo de la gran sala, á su hija sentada al lado de Beltrán empeñados en grata conversaci3n.

Ni reparó en lo encendido de los ojos de éste, ni en la actitud de su hija, triste y acongojada.

Les hizo una seña, y Beltrán ofreció con la mayor tranquilidad el brazo á su prima. Se buscó á Diego y salieron.

Aquella madrugada se recogió Matilde en su lecho precipitadamente, como quien tiene ansia de descansar, de estar sola. Luego empezó á sollozar y el llanto corrió abundante de sus ojos; por qué, se decía; por qué le habré conocido?



XVI

Cuando don Clemente supo por Julián que el famoso pleito de que se había hecho cargo Diego, era entablado contra don Eduardo Cartín, tutor de los consabidos Montes, dió un respingo como si le hubiese mordido una *toboba*.

—Caramba, qué diablura! había dicho; y yo que hablé de rapiñas en sus barbas! qué atrocidad! qué habrá pensado don Eduardo de mí..... hay que reparar esa barrabasada! y cómo es que Diego no me ha dicho nada cuando sabe que don Eduardo es mi mejor amigo, que le debo servicios que nunca le pagaré, que le profeso una gratitud inmensa.... oh! Diego hace mal, muy mal en demandar á ese hombre que es oro en polvo, incapaz de quitar á nadie un centavo! habrás visto tontera igual!..... Pero quién demonios mete á Diego en esas danzas? un muchacho de su juicio no debería dejarse embau-car así.

—Pues yo sí me explico el asunto, había con-

testado Julián con sonrisa misteriosa.—Parece que hay faldas de por medio. Aquí para entre nos, y que esto no se sepa, don Eduardo me ha contado la *cosa*.

La mayor de esos Montes, es una guapa morena que ha estado y creo que aun está en San José; es costurera y viene á pasar largas temporadas con una tía suya. Según parece, Diego, que ha sido hombre de conquistas de esa clase, cosa que me consta, pues fuimos íntimos amigos, dicen que ha requerido de amores á la morena ésa, y aun que la ha perseguido con tenacidad: así fué como ella le conoció, y Diego para ganar su corazón le ha metido en ese pleito, ha pedido la rendición de cuentas, y la muchacha jura y rejure que le han robado una fortuna. El pleito avanzá y Diego, según dicen, se ha dado tales mañas, que el asunto está verdaderamente embrollado con peritazgos, avalúos, certificaciones de guías del café que don Eduardo ha exportado, reclamación de alquileres de tres casas que no figuran en las cuentas. . . . qué sé yo! aun hay más; Trillito estuvo cortejando á la muchacha ésa, y parece que consiguió algunas citas según él mismo me ha contado, y una noche que rondaba la casa por el Paso de la Vaca, dice que vió salir á Diego de allí á eso de las once y que iba muy satisfecho. Después, Trillito arrió velas, pues la muchacha le resultó dura de pelar.

—El asunto es grave, había replicado don Clemente: —primero, tenemos la desconsideración de Diego hacia nosotros, pues no ignora la estima

que profesamos á don Eduardo, un hombre tan franco y tan honrado, y luego eso de que un muchacho que piensa en casarse, ande conquistando costureras; jamás creí á Diego capaz de esas cosas.

—Es que usted se figura que todo el mundo lleva el corazón en la mano.

Después de un silencio don Clemente había proseguido.

—Qué te parece que hagamos? Yo creo que lo primero es desagraviar á don Eduardo; es decir, manifestarle que no aprobamos, que no podemos aprobar la conducta de Diego respecto de él, y después.

—Después, veremos qué partido se toma aquí. . . . porque francamente, esos noviazgos largos son cargantes. . . . y llegan á desprestigiar á una señorita; ya verá usted, pronto estaremos en enero, y Diego dirá siempre que se casa *el año entrante*. Y no es que yo tenga prisa ni deseo de que Matilde se case; bien está con nosotros, pero eso no me gusta.

Don Clemente y Julián convinieron en no decir nada á Diego sobre esos particulares, pero no le tratarían como antes, sino con algún desvío á fin de hablarle con franqueza si se mostraba extrañado de ello.

Don Eduardo Cartín estaba sobre ascuas; pocos días después de saber lo del compromiso entre Matilde y Diego, fué notificado de la demanda

que éste le entablaba, como apoderado de sus representados Montes, poder otorgado por Lucía quien acababa de entrar á su mayoridad; ésta pedía la rendición de cuentas á su tutor, durante los ocho años que había manejado los bienes, por no aceptar lo que Cartín le daba como bueno.

Después de mucho trabajar, Diego hizo alguna luz en el asunto, y pudo convencerse de que efectivamente sus representados habían sido expoliados con mucha maña por el señor Cartín.

Aparecían grandes cantidades de café vendidas por él, á especuladores en grande, entre ellos á Don Agapito Mendoza, á precios risibles, desde luego que podían compararse con los de las revistas que venían del exterior.

A don Agapito no le llegaba la camisa al cuerpo, y era indudable que estaba en autos de las gatadas de Cartín, á quien tenía que favorecer en sus informes *porque sí*; ellos se entendían á las mil maravillas como se entienden dos tragamallas cuando quieren merendarse el pellejo de un infeliz.

Ya habían tenido sus conferencias en un cuartito de la oficina de negocios del señor Mendoza, y no debían haber sido muy favorables para los intereses de Cartín, según la cara con que éste salía de allí.

Cartín estaba que se moría de rabia desde que el pleito se había iniciado: le birlaban la novia, aquella muchacha tan guapa que había soñado hacer suya, y para la cual ambicionaba tener mucho

dinero. La tutoría se le iba también, y con ella, si perdía el pleito, una buena parte de su fortunita y otra de su fama de hombre honrado. Era una de esas honradeces como hay muchas, que no resisten la más ligera raspadura, sin que la bellaquería quede de manifiesto. Cuando pensó en todo ello, y en que tenía que devolver aquellos bienes que ya miraba como suyos, se sublevó y rugió como si se tratase de un despojo. Tan grande es el atractivo que ofrecen ciertos cargos, que no se sueltan ni á tiros!

Todo el enojo, toda la ira de Cartín caía sobre Diego; contaba á cuantos querían oírle mil infamias acerca de éste:—“había deshonorado á esa niña Montes, la mayor, para quien él, Cartín, fué siempre un padre cariñoso, y ya le habían visto también enamorando á la otra hermana de Lucía, graciosa morena de dieciséis años. Lo que Diego quería era adueñarse del afecto de aquellas pobres criaturas y derrochar los bienes valiéndose de engaños y socaliñas. Lo del desfalco en las cuentas, era una invención de aquél para sacarle dinero.—Ah, decía, tocándose la bolsa llena de papeles; tengo pruebas, á su tiempo se maduran las uvas! ese imbécil que engaña á todo el mundo con su modo de mosquita muerta, y su apariencia de hombre de bien, es un verdadero hipócrita de corazón corrompido y depravado; y se atrevía á echarle lodo á él, que había llevado una vida limpia y de trabajo, metido siempre entre sus quehaceres como



un campesino, y hasta olvidando á sus amigos de San José adonde no venía sino por necesidad; él, que había sido un verdadero padre con aquellos infelices huérfanos. . . . El podía hacer la historia de su capital, centavo á centavo; cada moneda ganada le costaba sudor y fatigas; todo el mundo le conocía y le apreciaba: si había vendido la *tira* aquélla de la finca de los menores á un colindante, fué para mejorar la propia finca, pues ese pedazo era lo peor, pura tierra colorada donde los mismos porros de las cercas languidecían y se secaban, y había con eso cuadrado la posesión. Un magnífico negocio para sus representados, hecho legalmente previa información de utilidad y necesidad comprobada ante Juez competente, que no pudo menos que aprobar esa venta que mi *detractor* llama *oscura*.

El café vendido á precios ridículos? Ahí está el señor Mendoza para que declare si los precios que me pagó fueron los corrientes.de esa finca yo no exporté un solo grano; es una mala calidad que no puede colocarse á precio regular ni en Nueva York, y por esto, consultando el interés de mis representados, preferí siempre venderlo en fruta; todo el café que he exportado es de la finca de mi propiedad que no puede compararse con el otro.”

Así poco más ó menos se expresaba don Eduardo respecto del pleito recién entablado contra él por Diego, como apoderado de Lucía Montes, una tarde de sobremesa en casa de don Clemente.

Había comido allí invitado por éste y Julián,

con mucha insistencia; deseaban hacer más sólidas en el ánimo de Cartín las excusas que don Clemente ya le había presentado en desagravio y vindicación de aquella *barbaridad* cometida por él en su propia casa.

Matilde no había comido ese día con su familia; su amiga Valentina estaba preparando el viaje de veraneo á la finca, y contaba con llevársela como otras veces; qué de planes hacían para la temporada durante la comida!

Cartín empezó á hablar de su asunto, en cuanto don Clemente soltó las primeras palabras para hacer ver que él no aceptaba que un muchacho como Diego se hubiese hecho cargo de ese negocio, y para censurar sus pretensiones con respecto á la tal Lucía.

Cuando don Eduardo vió que ni don Clemente ni Julián estaban del lado de Diego, y que antes bien, éstos habían proferido ciertas palabras de desagrado acerca de él, comprendió que el terreno era propicio á sus deseos, y sembró á manos llenas en aquellos dos pechos ingenuos la cizaña contra su afortunado rival.

Inventó, tergiversó hechos, citó detalles desconocidos por completo para todos, y con tal arte y maestría, que logró llevar al ánimo de don Clemente y de Julián un sentimiento de repulsión hacia Diego.

—Oh, ustedes no conocen á ese muchacho.... yo siento verdaderamente lo que he dicho, porque sé



que hay compromiso entre él y Matilde, y lo siento, porque les quiero á ustedes como á hermanos, pero en fin, qué se va á hacer! Si Matilde le quiere nadie podrá impedir esa boda . . . Así es que,—terminó diciendo: deseo que ustedes me guarden esto que les cuento en el seno de la mayor confianza porque creo de mi deber prevenirles y no quiero ya más si nsabores.

Don Clemente hizo un movimiento para tranquilizar á Cartín á ese respecto, y repuso:

—Qué diablura! á lo hecho pecho, ya eso no tiene remedio; la desgracia tal vez ha hecho que Matilde se fijara en Diego y que haya llegado á quererle tanto . . . y ver que ha despreciado partidos tan ventajosos! así es el amor, caprichoso y ciego.

—Francamente, indicó Julián con acento agrio; no creí á Diego capaz de todo eso. Fuimos muy amigos, y hasta hubo un tiempo en que le cobré verdadera afeción; después nos tratamos menos . . . aun recuerdo aquellas tardes en que solíamos recorrer medio San José por ciertas callejuelas, para enseñarme donde vivía fulanita ó zutanita, alguna purera ó costurera de orilla que le traía al retortero. Eso lo achacaba yo á su poca edad; y lo miraba más bien como un pasatiempo con el cual mataba las horas que le dejaban libres sus clases. Luego nos veíamos poco, aquí en casa, donde solía venir con frecuencia por épocas, después se eclipsaba y volvía á aparecer siempre el mismo . . .

—Genio y figura . . . dijo Cartín sonriendo

con malicia—genio y figura hasta la sepultura. . . . no olvidarlo, y sobre todo, acuérdense ustedes que la reputación de una señorita vale mucho. . . . hay que cuidarla como un cristal.

—Sí señor, como un cristal, repitió don Clemente sonriendo, admirado de la penetración de su amigo.

—En cuanto á eso ya veremos, insinuó Julián procurando dominar cierta agitación que sentía. Soy de los que creen que en ciertos asuntos se debe obrar sin dar explicaciones; prefiero siempre el cauterio á los emolientes.

—Y cree usted muy bien, amigo, repuso Cartín; y al través de sus gafas ahumadas brilló un relámpago de alegría.

Cartín había aprovechado el tiempo; y como tenía que venir con frecuencia á San José obligado por el malhadado negocio que le había caído encima, se proponía apretar el cerco en la esperanza de provocar un rompimiento entre Diego y la familia de Matilde, y ver de estorbar el matrimonio, ya que disponía de medios tan propicios.

Delante de Matilde, observaba Cartín una conducta muy política, y evitaba hablar de Diego y del pleito, pues abrigaba la lejana esperanza de reducir aquel corazoncito rebelde, andando el tiempo.

La conversación se había prolongado hasta cerca de las siete, con gran alegría de Cartín, que empezaba á ver fructificar la semilla que había sembrado.

No hay nada que se acepte con más ligereza, ni nada que se acoja con más facilidad, que la calumnia; id á decir bellezas de una persona, y aun cuando sea la más buena del mundo, veréis la incredulidad guiñando el ojo, la malicia y la ironía plegando los labios con burla; pero id á decir iniquidades de esa misma persona, y se os oirá con gusto, muy atentamente y con faz risueña: es necesario que aquella persona sea un Vicente de Paúl, ó un Juan Nepomuceno, para que se levante en su defensa una tímida voz de protesta. En ello se cumple una ley natural; en las sociedades como en los individuos, la facultad que más se ejercita es la que llega á adquirir mayor grado de perfección, y por desgracia la humanidad practica de preferencia el mal: con razón se ha dicho que *"el hombre es un lobo para el hombre."*

Poco después de las siete, Diego que iba á ver á Matilde, encontró á ésta en la puerta de su casa, de regreso de la de Valentina. Saludóla con buen humor, le ofreció la mano para subir la pequeña grada de la puerta, y entraron al zaguán hablando en voz alta. Al ruido, Julián salió del corredor y les miró; hizo un gesto de desagrado al notar que Diego tenía asida la mano de Matilde y que así entraron á la sala.

Julián no vino como otras veces al encuentro de su amigo; dió media vuelta y se volvió al comedor. Esto no fué notado por aquéllos, pues no se creían obligados á esconder ciertas sencillas mani-

festaciones de cariño, que á veces se permitían cuando se creían solos.

Una vez en la sala, Matilde dijo á Diego:

—Sabes que ahí está *el viejo*?

—Qué viejo?

—La lechuza con gafas, como le llamas.

—Ah, Cartín?

—Sí.

—A qué ha venido?

—Papá y Julián se empeñaron en que se quedara á comer con ellos.

—De veras? repuso Diego; así me habrá puesto el viejo ése. Dicen por ahí que está conmigo furioso, y todo porque le he agarrado de la muñeca, con muy buenas maneras por supuesto, y le he dicho: "suelte *eso*, amigo!"

—Ah, lo del pleito? preguntó Matilde riendo al ver el ademán con que Diego había acompañado aquella frase.

—Sí; yo qué culpa tengo de sus rapiñas y enredos? si él hubiese sido lo que debiera, no andaría en esas danzas. ¿Cómo no ha de sublevársele á uno el alma al ver ciertas iniquidades? Cómo dejar abandonadas á esas pobres criaturas á la voracidad de ése? nunca!; por humanidad, por deber, me he hecho cargo de ese asunto y no retrocederé ante nada ni ante nadie. Yo no he ido á buscar ese negocio; por recomendaciones de un amigo mío se me ha hablado para que lo siga, y creo cumplir con mi conciencia al defender al débil y al desvalido. En

qué estado les devuelve aquello! La finca está perdida; no ha hecho más que explotarla de la manera más infame.

—Cómo se llama esa muchacha, la mayor de esas Montes? preguntó Matilde algo distraída.

—Lucía; por qué lo preguntas?

—Por nada. . . . es bonita, verdad?

—Y ese detalle qué tiene que ver?, acaso trae alguna utilidad al pleito? repuso Diego en broma;

—No es por eso. . . . es que tengo idea de habérselo oído decir á Julián. . . .

—Y Julián la conoce?. . . . Creo que no, repuso Diego con curiosidad.

—Julián no la conoce, me parece que fué Trillito quien le habló de eso.

Ah, Trillito? preguntó Diego riendo de buena gana; ya recuerdo. . . . él anduvo tras esa muchacha; yo le ví rondar la casa y aun parece que hablaban algunas veces por la ventana; por cierto que la última noche hubo un *quid* muy curioso y. . . . Diego soltó á reír á todo trapo. Después de ese acceso de hilaridad, prosiguió:— ella, después de darle yo algunas bromas al respecto, me lo confesó muy apenada; pero entonces la enteré de quién era ese tragabirotos, y lo ha echado á paseo hace días. . . . ¡qué divertido!

Se oyeron pasos en el zaguán, y pronto percibió Diego la voz de Cartín que venía hablando hacia la puerta de la calle. Diego y Matilde callaron y aquél se despidió sin entrar á la sala.

Diego se hizo cargo del tono afectuoso y familiar que gastaban don Clemente y Julián con su amigo, y no pudo menos que chocarle tanta zalamería.

Como le llamara la atención á Matilde sobre eso, ésta le contestó:

—Ah, si le tienen adoración; para papá y Julián no hay un hombre más bueno ni más honrado.

Diego frunció ligeramente el ceño y suspirando repuso:

—Si le conocieran por dentro! yo se lo enseñaré para que vean lo que es. . . .

—Ni lo intentes, interrumpió Matilde; no te creerán.

Don Clemente y Julián, después de despedir á Cartín, en vez de entrar á la sala como era natural, se volvieron al interior de la casa,

El desaire para Diego no podía ser más claro; ni siquiera iban á saludarle; qué era lo que pasaba? á qué obedecía esa inexplicable conducta? Muy resentido desahogó sus penas en Matilde; ésta trataba de atenuar el mal efecto que el desdén de su padre y de su hermano, le había causado.

—No tomes eso tan á pecho, le dijo. Ya se convencerán de que tú no tienes la culpa y les pasará ese resentimiento.

—Se convencerán, repitió Diego; y cuándo? no dices que ni siquiera intento demostrarles la verdad del asunto? acaso pesan más en el ánimo

de tu papá y de Julián las necesidades que Cartín les haya dicho de mí, que las consideraciones que me deben? Por qué no se me llama á explicaciones y se inquiera la verdad de las cosas si se desea conocerla? Se me condena sin oírme? está bien; no seré yo quien vaya á buscarles, continuó Diego encogiéndose de hombros, y sintiéndose poseído de altivez y de orgullo; no les he ofendido, nada les debo: seguiré visitándote si lo permites, y si ellos quieren cerrarme la puerta de tu casa, que me echen cuando quieran, que me lo digan; entonces haré lo que debo. Ahora, deseo que con toda franqueza me digas tu parecer en este asunto, y me manifiestes si estás conmigo. . . .

—Cómo puedes dudarlo? interrumpió Matilde;— Ya conoces cómo es papá; á Julián no le hagas caso, conoces también su carácter retraído, adusto, á veces violento.

—Bien; agradezco tu conducta y puesto que estás de mi lado, lo demás me importa poco; dejemos rodar el mundo,

Diego se puso de pié para despedirse; deseaba salir, orear su frente, disipar el disgusto que experimentaba á causa de su posición que juzgaba violenta con respecto á don Clemente y á Julián; se sentía herido en su orgullo, casi humillado.

—Adiós, dijo á Matilde apretando su mano.

—Tan temprano. . . . vuelves mañana?

—Tal vez contestó Diego.

Salieron al zaguán: por la calle no pasaba

alma viviente. Diego, por un sentimiento natural que se experimenta al lado de la mujer amada cuando creemos que algo amenaza ese amor, y sintiéndose más dueño de Matilde, quiso que ésta le diera una de esas manifestaciones de cariño que tanto satisfacen á un amante.

—Dame un beso, le dijo emocionado.

—Bah, déjate de esas cosas, contestó Matilde como una evasiva. Diego entonces pensó en que un beso, que es una explosión de amor y de ternura, que estalla en el alma y sale por los labios en busca de otros labios, no es un fenómeno que se prepara, ni entiende de convencionalismos; surge por su propia fuerza de expansión, se da, no se pide: así lo hizo; atrajo á Matilde y la dió un beso que resultó más sonoro de lo que habría querido, á causa de la rapidez de la acción, y balbuciente, borracho de placer, salió precipitadamente como quien huye con un tesoro; apenas pudo repetir “adiós”.

Matilde permaneció en la puerta un momento; al volver á la sala se encontró con Julián que estaba observándola en el fondo del pasillo, con los brazos cruzados y los ojos centelleantes: avanzó hacia su hermana con aire amenazador.

—Qué vergüenza! le dijo: lo que tú haces es apenas digno de una mujerzuela! besuquearse en la puerta de la calle. y luego, estás creyendo por lo visto, que *ese muchacho* se casa pasado mañana? por qué no te le entregas de una vez si tanta confianza tienes en su caballerosidad? no en-

tiendes que esas manifestaciones rebajan á la mujer á los ojos de su prometido, aun cuando éste sea un libertino, y que es hacerle un *adelanto* de honor y de dignidad? entregarse de antemano á un hombre que bien puede faltar á su compromiso, y entonces qué haces de tu cara? porque esa, debe caerse de vergüenza . . . ya que él no es lo suficientemente caballero para guardar las consideraciones que se deben á una señorita, tú debieras ser más digna; espero que esto no se repita, porque me pondrás en la obligación de cumplir con mi deber, de decirle á Diego: "se casa usted ya, ó se larga con su música á otra parte." Estoy hasta la coronilla de noviazgo!

Dijo esto Julián arrebatado, montado en ira, y casi sin respirar. Carácter severo y reconcentrado tenía enojos que eran verdaderas tempestades.

Matilde sufrió aquel alud que le cayó encima, con verdadero valor; á su vez se sintió cruelmente humillada y con toda la fiereza de que era capaz, y aprovechando uno de aquellos momentos lúcidos en que solía discurrir con cierta seriedad y alguna pasión, contestó:

—No parece sino que he cometido una grave falta contra la moral, contra mi pudor; pues qué crees, que una no pude dejarse besar por su prometido, por su futuro esposo, quien además de tener ese derecho casi sancionado ante Dios y los hombres, y santificado por el cariño, es un hombre leal y honrado en quien tengo toda mi confianza? Cier- to es que no he provocado el incidente. . . . salió de

él, y esa caricia, de la manera como me ha sido hecha, no ha podido manchar mi frente. Cuándo fué desvergüenza una manifestación de amor, de cariño de amistad? No sé con qué criterio aprecias y aquilatas sentimientos que nunca has experimentado; debieras ser más indulgente conmigo. . . . bastantes penas he devorado. . . . para agregar esta humillación injusta que nunca creí merecerte! Y empezó á llorar presa de la mayor aflicción. Además, continuó entre sollozos; no sé por qué ese cambio ahora tan desfavorable para con Diego; no me hablabas antes tan bien de él? no decías que era un caballero cumplido y un muchacho de excelentes sentimientos? no fuiste su amigo íntimo hasta hace poco tiempo? ó es que ese tal Cartín te ha llenado la cabeza de mentiras y de calumnias, despechado por mi compromiso con Diego y porque la tutoría que ha estado explotando se le va de las manos?

El enojo de Julián empezó á declinar cuando vió llorar á su hermana; comprendió que había sido duro con ella; tuvo un momento de extrañeza cuando Matilde empezó á defenderse; nunca la había oído expresarse así; en tono menos severo y acercándose á ella, repuso:

—Es cierto lo que dices respecto de Diego, pero también debes saber que el hombre no es siempre el mismo, y en muy poco tiempo el más honrado puede tornarse en un pícaro ó en un libertino. En la vida todo está sujeto á mudanzas; todo evoluciona: á veces al bien, y por desgracia, más



generalmente al mal. Por qué había de sustraerse Diego á esta ley natural? puede que no sea el mismo . . . además, tengo algunos indicios para creerlo así. No deseo afligirte; si le quieres te casarás con él, y asunto concluido; lo que te ruego es que te comportes de otro modo, mira que un rompimiento á estas horas sería funesto para tí. En cuanto á lo que has dicho referente á Cartín, es injusto. Hemos visto papeles y pruebas y creemos que Diego muerde en hierro frío; la honradez de ese hombre no deja lugar á duda; creelo, todo se aclarará; ese asunto no nos atañe y no es bueno hacer juicios en ningún sentido. Cartín tiene sus amigos, y como todos, tiene también sus mal querientes. No olvides lo que te he dicho y déjate de lágrimas que á nada conducen.

Le hizo una ligera caricia y fuese á su cuarto donde generalmente se entregaba á la lectura que era en él pasión favorita.



XVII

Algunos días después del suceso que hemos narrado, estaba Matilde en su cuarto, sonriente, como si fuese la mujer más feliz del mundo.

Sentada en una mecedorcita de junco se balanceaba mientras recorría las líneas de un periódico que Valentina le había enviado esa mañana.

Al leer una gacetilla, sonrióse mirándose al espejo que tenía delante, y maquinalmente se llevó la mano á un lazo de cinta celeste que como las alas de una enorme mariposa, se abría hacia la nuca, lleno de donaire y gentileza.

La gacetilla que llamaba su atención decía poco más ó menos:

“Pronto quedará San José convertido en un *desierto*: *nuestras bellas* se preparan á salir en *busca de los aires del campo* que tanto han menester para repararse de las fatigas de la vida de la capital; muchas se han ido ya, y más son las que se preparan á partir. Entre éstas se cuenta la *espiritual* y *culta* señora del acaudalado y filantrópico comerciante

don Agapito Mendoza, á la cual acompañarán también, la *no menos espiritual y gentil* Matilde Ayala, y otras dos *inteligentes y distinguidas* señoritas gala del jardín josefino. Que gocen mucho, y que traigan en su cabellera el *efluvio de las montañas*, y en sus mejillas el carmín de las rosas etc.”

A Matilde le hacía muy buen efecto verse en letras de molde, y llamada *gentil y espiritual*.

—Caramba, decía; qué muchachos esos para escribir con garbo. . . . no se puede negar que son inteligentes! “el efluvo de las montañas”. . .repetía; qué frase tan poética, me parece sentir de veras el olor de los cafetales llenos de flores, y de los azahares silvestres; cuándo haremos viaje? y se quedaba como meditabunda, con la vista fija en un lugar.

Este año no tenía muchos deseos de salir al campo, casi casi desistiría de ello; pero para Matilde, salir á veranear, aún cuando fuese á un kilómetro de la capital, era cuestión de amor propio. Cómo no había ella, muchacha la moda, de seguir esa costumbre tan arraigada en la buena sociedad? imposible! todas salían y ella no quería quedarse rezagada en San José, mientras sus amigas y conocidas andaban por los campos luciendo sus sombreros alones y sus trajes de gasa; qué dirían! había que salir, costara lo que costara.

Por fortuna, nunca faltaba invitación de alguna persona rica que sacara á don Clemente del atolladero, invitación que Matilde aceptaba después de hacerse rogar.

Todavía recordaba don Clemente con horror, el último veraneo á que tuvo que atender por su cuenta: aquello fué un suplicio! había tenido que invitar á dos amigas de Matilde, y á más de conseguir el correspondiente permiso de la oficina, el buen señor hubo de obtener otros *correspondientes* en billetes de banco, operación que le tuvo al borde de la quiebra, si es que un empleado público puede darse el lujo de *quebrar*. otra cosa que la paciencia de sus acreedores.

Las chicas aquéllas resultaron unas tragonas con más apetito que hospicianas, y en cuanto llegaban visitas á la casa, disponían de las pocas vituallas que á mano había, y se daban unos banquetes que temblaba el mundo, pero no tanto como don Clemente que veía consumirse el presupuesto de un mes, en dos semanas escasas; y por más que tiraba de su modesto cheque, el maldito no se agrandaba de la cifra que decía el Presupuesto, impresa allí de manera indeleble: una esfinge de números.

Estaba escamado de los tales veraneos, y resuelto á no hacer otra calaverada por el estilo: bastantes había hecho ya!

Julián había protestado siempre de esos veraneos obligados.

—Está bien, decía; que el hacendado que tiene que ir á ver el beneficio de su café, se vaya con su familia á la finca, á disfrutar de las comodidades que le proporcionan sus haberes; allí no carece de nada,

y el cambio no puede menos que aprovecharle. Que vayan también las familias ricas que pueden pagarse una buena casa, llevar excelente servicio; y proveer abundantemente la despensa; pero eso de que una familia pobre que vive mal en San José, se obligue á vivir peor en un tugurio destartado y sucio, comiendo plátanos y bebiendo aguas de acequias inmundas, todo ello á la orilla de una carretera polvorienta, para regresar luego cargada de deudas y enflaquecida á causa de una pésima alimentación, por no quedarse sin salir á veranear, es verdaderamente cómico y ridículo.

Eso se ha hecho una moda como otras, y no quieren convencerse de que las modas caras no son para los pobres. Pero aquí, quedarse sin salir al campo? qué horror! qué dirá *la gente*; le mirarían á uno como animal raro. Hay que salir aun cuando sea á pasar trabajos, á comer de lo poco y malo que se encuentre y á dormir hacinados sobre bancas ó en el suelo.

Y pensar que aquí en San José á un kilómetro del Parque Central se está entre potreros!. No parece sino que ésta es una capital de cuatro millones de almas que viven apiñadas unas sobre otras, y que para ver una colina ó un prado hay que andar tres horas en ferrocarril. Si aquí estamos en eterno veraneo! lo que nos hace falta es higiene; ahí está la Sabana, por ejemplo; puede darse un lugar más pintoresco? pues vaya usted allí y no verá tres parejas gozando de aquel espectáculo, y respi-

rando aquel aire puro y fresco. . . . y vamos á buscar salud á un villorrio donde no hay ni agua para beber.

Julián sabía perfectamente que en la finca del señor Mendoza, Matilde pasaba la gran vida. Don Agapito era muy fino y complaciente, á pesar de su fama de alcornoque enriquecido. Nunca se vió mejor demostrada la célebre sentencia de Montesquieu acerca del buen éxito que en ciertos negocios alcanzan las *mediocridades*; (abramos aquí un paréntesis para salvar honrosas excepciones que como en todo existen).

No se había opuesto Julián al viaje de Matilde, antes bien pesaba en su ánimo un secreto motivo para ver con gusto la temporada que su hermana iba á hacer en el campo.

El señor Mendoza había sido envuelto en el malhadado pleito que seguía Diego contra Cartín, y comprendía que Matilde iba á respirar una atmósfera de hostilidad hacia Diego, y que éste, probablemente no iría á visitarla.

Había otra consideración.

La finca de Cartín quedaba muy cerca de la de don Agapito, y era indispensable pasar para ir á la de éste, un trecho de carretera que daba precisamente frente á la casa de habitación de aquél: era pues, seguro, que Diego evitaría un encuentro con Cartín para ahorrarse molestias.

Matilde estaba aún entretenida con el perió-

dico, y había leído por la centésima vez la famosa gacetilla, cuando entró Valentina.

—Y cómo está la *espiritual y gentil* Matilde, dijo riendo alegremente y sentándose al lado de su amiga.

—Pues no tan bien como la *culta y bella* señora del acaudalado y *filantrópico* don Agapito....

—Con que filantrópico, eh, repitió Valentina soltando á reír muy graciosamente:— qué fácil es para algunos zoquetes ser filantrópico, espiritual, distinguido, inteligente, etc, etc.; basta con pagar la suscripción al periódico, y regalar á algún hospicio cuatro racimos de plátanos verdes, y una arroba de broza... Y á propósito, estás lista? mañana es viaje.

—Sí, estoy lista; tengo mi baúl acomodado; en qué tren nos vamos?

—A las ocho; en el tren de Limón; irá Diego á acompañarte á la estación? dile que no deje de visitarnos, agregó Valentina cortésmente.

—Se lo diré, con mucho gusto aunque dudo que acepte tan amable invitación.

— Por qué no?

—Phist, y Matilde alzó los hombros no hallando qué contestar.

—Y Julián irá á pasar con nosotros los domingos? dícelo así. En cuanto á Beltrán, me lo ha prometido; no quiere estar toda la temporada con nosotros porque dice que el campo le enferma; has visto hombre más raro?